

»cesidad presente, ni la sangre de la casa y nobleza
»de Francia anduviera tan derramada y pisada por los
»campos de Italia.» Alzó el rey los ojos al cielo, dió
un suspiro, y respondió: *Paciencia, duque, pues ven-
tura falta.* Observó el de Pescara que la presencia de
Borbon afectaba demasiado al rey, y le rogó que se
retirára. Hecho esto, caminaron con él hácia Pavía⁽¹⁾.

Al verse á las puertas de la ciudad detuvo su ca-
ballo y dijo al marqués de Pescara: «Ruégos, mar-
»qués, que vos y estos caballeros me hagais placer de
»no meterme en Pavía, que sería grande afrenta para
»mí no haberla podido tomar, y meterme en ella
»preso.» Pareció á todos muy justo el reparo, y acor-
daron aposentarle en un monasterio fuera de Pavía.
Tratóse á quién habia de encomendarse la guarda de
su persona, y el marqués de Pescara espuso que,

(1) En el camino oyó dichos muy propios del genio y buen humor de los soldados españoles. «Vaya, señor, le decía uno, que en semejantes lances se ve el valor de los príncipes.»—«Yo apuesto, decía otro, á que será mejor tratado por el emperador, que lo fuera el emperador en poder suyo.»—«A bien, decía otro, que ha caído en manos de la mejor gente del mundo, y todo lo ha de dar por bien empleado.» El rey preguntaba á Mr. de la Motte lo que querian decir, y traducidos los dichos de los soldados se reía de ellos.

Cuéntase que se acercó á él un arcabucero español y le dijo. «Señor, sepa V. A. que ayer, sabien-

do que se daría la batalla, hice seis balas de plata y una de oro para mi arcabuz, las de plata para unos Musiures, y la de oro para Vos; creo que empleé las cuatro, sin otras muchas de plomo que tiré á gente comun: no topé mas Musiures, y por esto sobraron dos: la de oro veisla aquí, y agradeceadme la voluntad de os dar la mas honrosa muerte que á príncipe se ha dado. Mas pues Dios no quiso que os viese en la batalla, tomadla para ayuda de vuestro rescate, que ocho ducados, que es una onza, pesa.» Dicen que el rey la tomó, y dijo al soldado que le agradecía el buen deseo. «Esto, añade el testigo ocular, fué muy reído.»

siendo los españoles á quienes se debía principalmente el premio de la victoria, debía fiársele á don Fernando de Alarcón, gefe de los españoles, con lo cual el emperador se daría por servido, su nacion por honrada, y todos por satisfechos y seguros. Convino-se en ello, y Alarcon quedó encargado de la persona del rey. Alojado el ejército, en las tiendas francesas, llegó un soldado español, llamado Cristóbal Cortesía, llevando prisionero al príncipe de Navarra⁽¹⁾. Presentóse tambien un villano pidiendo albricias por haber muerto al príncipe de Escocia, en testimonio de lo cual enseñaba la rica cadena de oro que el príncipe llevaba al cuello. En efecto, el príncipe escocés habia tomado por guia aquel labriego para fugarse, ofreciéndole una buena paga, y aun hácer su fortuna si queria acompañarle á Escocia, y dándole desde luego aquella preciosa cadena. El villano lo prometió asi; mas al llegar á un barranco, le dijo al príncipe que lo atravesára; hundióse desde luego su caballo hasta las cinchas, y entonces el traidor le dió una cuchillada en la cabeza dejándole muerto. Enterado el marqués de Pescara de la felonía del villano, le mandó ahorcar inmediatamente, y envió con mucha solemnidad por el cuerpo del príncipe y le hizo honrosas exequias⁽²⁾.

(1) Este fué puesto en el castillo de Pavía, y habiendo logrado sobornar á un criado del marqués del Vasto que le guardaba, se fugaron los dos jun-

tos y se fueron á Francia.

(2) «Era, dice el autor de la Relacion, de diez y ocho años, y la mas hermosa criatura que jamás vi.»

Tales fueron los principales incidentes de la famosa batalla de Pavía (24 de febrero, 1525). De ocho á diez mil franceses sucumbieron en el campo al filo de las lanzas imperiales, sin contar otra muchedumbre de ellos que se ahogó en las aguas del Tesino en su ciega y precipitada fuga. Allí pereció la flor de la nobleza de Francia, y en aquella jornada debieron acabar los sueños de gloria del rey-caballero y sus arrogantes pretensiones al dominio de Italia. Al divulgarse la noticia del desastre, la pequeña guarnición de Milan se retiró sin dar tiempo á ser perseguida, y á los quince dias no habia en Italia mas franceses que los prisioneros. El defensor de Pavía, Antonio de Leiva, se presentó tambien al rey Francisco, y le besó la mano, oyendo de su boca los justos elogios que tan brillante defensa merecia. Los despojos de la batalla en vituallas, acémilas, caballos, armas, vestidos, joyas y bajillas fué inmenso, y los vencedores se indemnizaron bien de tantas escaseces y privaciones como habian sufrido.

Al dia siguiente fué trasladado Francisco I. al castillo de Pizzighitone en Lombardia, á orillas del Adda, siempre bajo la salvaguardia del caballero don Fernando de Alarcon. En los primeros momentos escribió Francisco á su madre la duquesa de Angulema, á quien él habia dejado por gobernadora del reino, una carta, de la cual solo han adquirido celebridad (como si mas no le hubiera dicho) aquellas famosas palabras:

«*Todo se ha perdido menos el honor;*» pero no las siguientes, que decian: «*y la vida que se ha salvado: el la vie, qui est sauve* (1).»

Por el mismo portador de esta carta, que era el comendador Peñalosa, dirigió otra el rey prisionero al emperador, en la cual le decia: «Sed cierto que no tengo consuelo en mi infortunio, sino es la esperanza de vuestra bondad, que si os pluguiere usarla conmigo, vos obraríais como príncipe generoso, y yo os quedaria para siempre obligado... Asi pues (añadia), si os placiere tener piedad de mí, dándoos la seguridad que merece la prision de un REY DE FRANCIA, á quien se quiere hacer amigo y no desesperar, podeis hacer una adquisicion, pues en lugar de un prisionero inútil, haríais un rey siempre esclavo vuestro (2).» Al mismo tiempo, y por el mismo

(1) Vamos á dar una copia exacta de esta célebre carta, que nuestros historiadores no conocieron, y que en las mismas historias modernas de Francia se ha copiado generalmente con poca exactitud. Decia asi:

«Madame, pour vous faire savoir comme se porte le reste de mon infortune, de toutes choses ne m'est demeuré que l'honneur, et la vie qui est sauve. Et pour ce que, en vostre adversité, ceste nouvelle vous fera un peu de reconfort, j'ay prié qu'on me laissat vous escrire ceste lettre: ce que l'on m'a aisement accordé, vous suppliant ne vouloir prendre l'extremité vous

mesmes, en usant de vostre accoustumée prudence; car j'ay esperance á la fin que Dieu ne me abandonnera point, vous recommandant vos petits enfans et les miens, et vous suppliant faire donner le passage á ce porteur pour aller et retourner en Espagne, car il va devers l'empeur, pour sçavoir comme il voudra que je sois traité. Et sur ce va très humblement se recommander á vostre bonne grace.

»Vostre tres humble et tres obeissant filz,

FRANÇOIS.»

(2) «Pourquoy, s'il vous plaist

conducto escribió Mad. Luisa, madre del rey, al emperador, diciéndole: «Señor, mi buen hijo: desde
 »que he sabido el infortunio acaecido al rey mi hijo
 »y señor, estoy dando gracias á Dios de que haya caído
 »en manos del príncipe que mas amo en el mundo;
 »esperando que vuestra magnificencia convertirá en
 »su favor los lazos de sangre, de parentesco y de
 »alianza que hay entre vos y él: y en el caso que asi
 »sea, tengo por cierto que será un gran bien para el
 »porvenir de la cristiandad vuestra amistad y union.
 »Por tanto, os ruego humildemente señor hijo mio,
 »que penseis en ello, y mandeis que sea entretanto
 »tratado como á vuestra honra y la suya cumple, y
 »permitais que sea servido de modo que pueda yo sa-
 »ber con frecuencia de su salud. Haciendo asi, os
 »quedará reconocida una madre, á quien vos disteis
 »siempre este nombre, y que otra vez os ruega que
 »ahora en afición os mostreis padre.—Vuestra muy
 »humilde madre,—Luisa.»

Recibió el emperador la noticia del suceso de Pa-

«avoir cette honneste pitié de
 »moyenner la seureté que merite
 »la prison d'un roy de France,
 »lequel ont vent rendre amy et
 »non desesperé, pouvez estre seur
 »de faire un acquett au lieu d'un
 »prisonnier inutile, de rendre un
 »roy á jamais vostre esclave.

«Doncques, pour ne vous en-
 »nuyer plus longuement de ma fas-
 »cheuse lettre, fera fin, avec hum-
 »bles recommandacions á vostre
 »bonne grace, celuy qui n'a aise
 »que d'atendre qu'il vous plaise le

»nommer, eu lieu du prisonnier,
 »Vostre bon frere et amy,
 FRANÇOIS.»

Documentos relativos á la cautividad de Francisco I, publicados de orden del rey Luis Felipe de Francia en 1847, pág. 430.

Consta tambien que el rey Francisco tuvo necesidad de recibir un socorro de dinero del alcaide de la fortaleza, y que el virey de Nápoles le prestó una suma, hasta que la reina su madre pudiera librarle algunos fondos.

vía con una moderacion admirable, y sin ostentar orgullo ni escesiva alegría. Dirigióse á la capilla á dar gracias á Dios, volvió á la sala de la audiencia, donde recibió las felicitaciones de la nobleza española y de los embajadores estrangeros, mostrando condolerse de la adversidad del ilustre prisionero, prohibió que se hiciesen regocijos públicos, que dijo reservaba para el primer triunfo que alcanzára contra los infieles, y contestó á la madre de Francisco I. la carta siguiente:

«Madama: He recibido la carta que me habeis escrito con el comendador Peñalosa, y de él tambien
 »supe lo que vos ovo dicho acerca de la prision del
 »rey vuestro hijo. Yo doy muchas gracias á Nuestro
 »Señor por todo lo que á él le ha placido permitir,
 »porque espero en su divina providencia que esto
 »será camino para que en toda la cristiandad ponga-
 »mos paz, y contra los infieles volvamos la guerra.
 »Sed cierta, madama, que tal jornada como esta, no
 »solo no seré en estorbarla, mas aun tomaré el tra-
 »bajo de encaminarla, y alli emplearé mi hacienda y
 »aventuraré mi persona. Sed tambien cierta, mada-
 »ma, que si paz universal vuestro hijo y yo hacemos,
 »y tomamos las armas contra los enemigos, todas las
 »cosas pasadas pondré en olvido, como si nunca ene-
 »midad entre nosotros hubiese pasado. Yo envié á
 »monsieur Adrian á visitar á vuestro hijo sobre el in-
 »fortunio que le ha sucedido, del cual si nos place

»por el bien universal que de su prision esperamos,
 »por otra parte nos ha pesado por el antiguo deudo
 »que con él tenemos. Tambien lleva Mr. Adrian una
 »instruccion asaz bien moderada, y no menos justi-
 »ficada, para que os la muestre á vos y al rey vuestro
 »hijo. Y si deseais quitaros de trabajo, y sacar á
 »él de cautiverio, ese es el verdadero camino. De-
 »beis, pues, con brevedad platicar sobre esta nuestra
 »instruccion, y tomar luego resolucion de lo que en-
 »tendeis hacer, y respondernos, porque conforme á
 »vuestra respuesta alargaremos la prision, ó abrevia-
 »remos su libertad. Entrétanto que esto se platica, he-
 »dado cargo al duque de Borbon, mi cuñado, y á mi
 »virey de Nápoles, para que al rey vuestro hijo se le
 »haga buen tratamiento, y que continuamente os ha-
 »gan saber de su salud y persona, como vos lo deseais
 »y por vuestra carta lo pedís. Mucha esperanza tengo
 »de que vos, madama, trabajareis de llegar todas es-
 »tas cosas á buen fin, lo cual si hiciéredes, me echa-
 »reis en mucho cargo, y á vuestro hijo hareis gran
 »provecho.»

Mas de los términos de aquella instruccion y de las largas consecuencias de la derrota y prision de Francisco I. en Pavía iremos dando cuenta en otros capítulos.

CAPITULO XI.

PRISION DE FRANCISCO I. EN MADRID.

1525.—1526.

Conducta de Carlos V. despues de la batalla de Pavía.—Estado del ejército imperial en Italia.—Recelo del papa y de los venecianos.—Firmeza de la reina regente de Francia: medidas para salvar el reino.—Sus tratos con Inglaterra, Venecia y la Santa Sede.—Condiciones que Carlos V. exigia á Francisco I. como precio de su libertad.—Contestacion de éste: mensajes.—Es traído á Madrid.—Desatenciones del emperador con el régio cautivo.—Peligrosa enfermedad de Francisco en la prision.—Visitale Carlos.—Nuevo desvio.—Proyecto de fuga.—Abdicacion de Francisco.—Temores del emperador.—Célebre Concordia de Madrid entre Carlos V. y Francisco I. para la libertad de éste.—Capítulos del tratado.—Protesta secreta de Francisco.—Pláticas amistosas entre los dos soberanos.—Sale el rey Francisco para Francia.—Casamiento del emperador.—Ceremonial que se observó en el rescate de Francisco I.—Dramática escena en el Bidasoa.—Entra en su reino, y vienen sus hijos en rehenes á España.—No cumple el rey de Francia lo pactado.—Anuncios de graves complicaciones.

Si siempre es difícil obrar del modo mas discreto, mas conveniente y atinado despues de una gran victoria ó de un gran golpe de fortuna, lo era mucho